

JULIA

Con esta mujer comienza la serie que podríamos llamar de damas imperiales. Entre los mayores vicios, á la constitución de toda monarquía congénitos, hállase la imprescindible necesidad en sus fundadores de fundar también una casta, remitiendo la suerte de los pueblos al capricho y al acaso de nacimiento y herencia. El monarca debe llevar junto á sí, como una sombra, su heredero, y el heredero por ley natural niño, debe depender, como todos los niños, en absoluto, de su madre. Régimen de casta, de generación, de transmisiones hereditarias, necesita una familia privilegiada, y en esta familia privilegiada ejercen poder inmenso la reina ó emperatriz esposa, la reina ó emperatriz madre, las adjuntas á estos seres privilegiadísimos llamadas en el habla vulgar princesas de la sangre. No puede, no, desconocer un estadista que la humana libertad

se halla de suyo sujeta, como el Océano, á procelas, tormentas y tempestades. Mas no puede tampoco negarse que se halla sujeto el despotismo á la corrupción. Un rey ó emperador absoluto lo pudre todo. Los Neronos del imperio romano, los nombres en las monarquías modernas de Felipe IV, María Luisa, Enrique II, Luis XV, no resultan meros accidentes, resultan consecuencias legítimas y naturales del poder absoluto, cuyo veneno corrosivo pudre tanto á quien lo sufre como á quien lo ejerce. Y esto nótese todavía más claramente allá en el antiguo mundo histórico, donde los monarcas absolutos no hallan el freno que las ideas modernas y el espíritu moderno pusieron á los más poderosos jefes del Estado, hasta en los tiempos menos propicios para la libertad y para el derecho. La corrupción aparece mayor á medida que aparece mayor el despotismo. Toda corte oriental es un harén, y todo harén una sentina de vicios. Los Baltasares y Sardanápalos brotan á una en todos los grandes imperios, ya se llamen asirios, persas, macedónicos, griegos, romanos, bizantinos. Mientras Alejandro recorrió el Oriente, más en guisa de general heleno que de rey macedón, las costumbres republicanas le seguían como un coro de vírgenes invisibles, las cuales, con sus reclamos, le llamaban al cielo de la virtud y le disponían á la castidad, esa fuerza del

cuerpo y del espíritu; mas en cuanto se tornó emperador, los vicios, esos naturales sátrapas del despotismo, se uncieron de su carro y le arrastraron de orgía en orgía, con la copa del festín báquico en las manos y el beso de la prostitución vil en los labios, á prematura desdichada muerte. La corrupción, al despotismo congénita, empieza por corromper siempre lo que hay de más puro y más hermoso en la vida humana, empieza por corromper á las mujeres. La monarquía de los macedones brota con la corrupción de Olimpias y acaba con la corrupción de Cleopatra; nace y muere aquella institución tan grandiosa entre dos prostitutas. En el imperio romano las mujeres imperiales, ó bien aprovechan el despotismo para ejercitar sus ambiciones, ó bien lo aprovechan para satisfacer su voluptuosidad. Las ambiciosas generalmente aparecen castas, las sensuales generalmente aparecen humildes. Pero entre las castas como Livia, la mujer de Augusto, las ambiciones desapoderadas no se detienen jamás ante ningún asesinato que les convenga ó sirva; mientras las no ambiciosas, como Julia, hija de Augusto, las humildes, llegan, allá en su nativa humildad, hasta prostituirse á sus esclavos nubios y á sus gladiadores dálmatas. El cambio de las instituciones romanas en cosa ninguna se conoce tanto como en la mujer. Junto á una larga serie de Césa-

res viciosos y dementes hay otra larga serie de torpes emperatrices prostitutas y asesinas. Con Marco Aurelio duerme la madre de Conmodo. Debemos á la furia desoladora de Agripina el genio diabólico de Nerón. La palabra característica de todas las prostituciones imaginables no se forjó y selló en las mancebías antiguas, no, se forjó y selló en la corte imperial, llamándose Mesalina. Tales mujeres, después de llevar en sus labios la muerte y el crimen, atestan sus cocinas de venenosas mixturas que acaban por violencia con generaciones enteras, nacidas como para devorarse y caer cual flores heladas sin fruto. Apenas muere allí nadie de muerte natural. Tácito y Suetonio registran con cuidado los nobles de Roma que tuvieron bajo Tiberio la increíble dicha de morir en su cama. Junto á cada emperatriz hay su Leusta, es decir, su envenenadora. Pero la que no mata, como Livia, con sus ponzoñas, mata, como Julia, con sus besos.

¿Dónde volveremos á encontrar una romana como Vetulia? La castidad severa de Lucrecia, que fundó la república, no se comprenderá desde las alturas del trono. Los plebeyos tuvieron su Virginia, no la tendrán los Césares. No hay en cinco siglos otra madre de los Gracos. La mujer última de la libertad y de las instituciones republicanas, Porcia, hija de Catón, esposa de Bruto, digna he-

redera de tantos héroes y de tantos mártires como contara la república, no enseñará cosa de provecho á las últimas mujeres del Imperio. Comparad su inmolación y sacrificio, aquel holocausto al derecho, con los ayuntamientos de las últimas emperatrices á los bárbaros; comparadla con aquella Gala Placidia, quien, de púrpura oriental vestida y coronada por su diadema de Bizancio, pasa desde su lecho latino á los lechos bárbaros, legitimando con sus nupcias infames la conquista de Alarico y sosteniendo sobre sus brazos patricios y romanos el trono de Ataúlfo. La corrupción imperial se nota más aún entre las emperatrices que entre los emperadores. La mujer cae de más alto á más hondo; y hay que atribuir esta perversión inexplicable por otros motivos y razones al matrimonio dinástico, cenagosa fuente de las familias imperiales. La vida se pudre allí en su raíz, en el amor. Así que la monarquía empieza, con ella empiezan los matrimonios malditos anudados por los intereses regios y sometidos á las conveniencias del Imperio. La naturaleza y sus vocaciones incontrastables sustitúyese con la misérrima razón de Estado. La política, y no la pasión, mueve los corazones. Cuando en los matrimonios anudados por el mutuo amor y sostenidos en una prole amada y encantadora solemos tropezar á la continua con graves é

insuperables obstáculos, imaginaos lo que habrá de suceder en matrimonios donde los cónyuges, con frecuencia, suelen verse frente á frente por primera vez el día en que se casan. Conócese ya en los últimos años de la república su propensión á trastocarse en imperio con sólo examinar tantos y tantos matrimonios entre los primates, urdidos á una, sin el conocimiento y anuencia de los cónyuges. César es el suegro de Pompeyo. La muerte de Julia, su hija, mata las instituciones republicanas y provoca el desastre de Farsalia. Se casa con Fulvia un general como Antonio, tan voluntarioso para con las mujeres, por llevar á César el resto de los demagogos que sirvieron á Clodio. Y muerta Fulvia, se casa con Octavia, meramente por entrar en la familia de Octavio. Accio se debe á que Antonio hirió el corazón de su cuñado con la repudiación de Octavia, como se debió Farsalia y sus consecuencias á la herida que abriera el triste acaso de la muerte de Julia en las entrañas de César. Cuando quiere Octavio congraciarse con Antonio, le promete optar por una hija de Fulvia, siquier viva todavía su mujer Escribonia; y cuando riñen, comienza el taimado por despedir á la novia. En todas aquellas guerras hay previos repudios, como en todas aquellas paces hay previas bodas. La razón de Estado triunfa sobre la naturaleza humana.

Estas pobres mujeres, necesitadas por su complejión delicadísima de sentir el amor interior, é inspirarlo, como ellas lo sienten, al novio destinado para esposo, cuando se hallan con hombre tal, que acaso les repugna, carecen de toda fuerza nativa para sostener su virtud, y si no saben las cuitadas contrariarse con imperio á sí mismas, concluyen por al vicio rendirse, vencidas allí donde se halla su resistencia mayor, en los íntimos senos de su propio corazón. Cuando acaso las inclinaciones íntimas hanles dicho ya dónde pusiera el destino aquel sér predilecto á quien desean entregar alma y vida, se interpone un extraño á sus afectos, en cuyos brazos deben caer contra todo el torrente de sus arrebatadas pasiones, ellas, nacidas para el amor. ¿Extrañaréis ya la triste corrupción congénita con las mujeres del régimen imperial?

El imperio romano se funda tras la muerte de Cleopatra. Su fundación definitiva precede á la natioidad de Cristo en unos setenta años. Octavio, mientras Antonio viviera, fué triunviro; después de muerto Antonio, fué César. El poder compartido con otros dos estadistas queda en sus manos. Al llegar aquí tenemos que guiarnos de Tácito. Este historiador profundísimo nos entrega la clave del enigma de cómo ha perecido la República y cómo ha llegado el Imperio. Pues la república romana

pereció cual antes que ella pereciera la república griega y después que ella pereciera la república francesa. Elido la república española. Pereció la república helena, porque las ciudades griegas, divididas en guerras perpetuas entre sí, no acertaron á robustecer aquella institución anfictiónica, destinada por sus progenitores á darles cohesión y armonía, destrozándose unas á otras las ciudades republicanas en guerras fratricidas como la guerra del Peloponeso. Pereció la república francesa, porque los republicanos de Francia se devoraron unos á otros, cayendo todos en la voracidad del terror. La república romana cayó porque desaparecieron los republicanos, consumidos en las guerras civiles. Pero dejemos hablar á Tácito. El poder público pasó de Craso y Pompeyo á César en el primer triunvirato; de Lépido y Antonio, á Octavio, en el segundo. Aprovechando éste la fatiga, generada por el cansancio de las discordias civiles, con la denominación de príncipe se alzó al imperio. Muertos Bruto y Casio en Sicilia, roto Sexto Pompeyo, Lépido envilecido, Antonio suicida, disueltas las agrupaciones republicanas, falto de partidarios hasta el mismo César por no haberlos en Roma para nadie, la ciudad sólo podía tener por jefe á Octavio, quien, desciñéndose del dictado de triunviro, llamóse cónsul, á cuya dignidad sumó el tribunado, so color de proteger al

pueblo; y ganados los milites con grados, la plebe con trigo, la nobleza y demás órdenes sociales con la paz pública y sus dulzuras, recogió el dictador en su puño todas las leyes, atrajo á su persona todos los poderes sin que le resistieran, pues inmolados y concluidos los más viejos republicanos en los combates por la libertad y en las proscripciones de la tiranía, el resto de los sobrevivientes, al ver pagadas las serviles complacencias con riquezas y honores, prefirieron su propia seguridad á los antiguos peligros y aceptaron lo establecido como trueque natural de lo ya olvidado. Las guerras civiles y la extinción de los republicanos: he ahí explicada la victoria definitiva del Imperio. En esta situación de la sociedad una palabra tenía verdadera virtud, la palabra paz. Alejandro y Napoleón dieron á Grecia y á Francia la paz interior con la guerra extraña. Mas Octavio dió á Roma la paz interior y exterior. Por consiguiente, Octavio dominó, cual antes dominaran Filipo y Alejandro, cual después dominó Bonaparte. Para esto precisa ver cómo Virgilio representa la poesía del Imperio, no por su Eneas y por su *Eneida*, obra de cortesana educación, por sus églogas y por sus bucólicas. El campo lleno de crasas espigas, el cielo sembrado de luminosas estrellas, los corderos vestidos de sedosos vellones, las tetas ubérrimas de las vacas lle-

nando los] campestres odres de blanca leche, las aves faustas que anuncian con sus nidos y con sus gorjeos el amor y el cántico de la primavera, la florecencia y la fructificación, la siembra y la vendimia, el estío; que todo lo madura y el otoño en que todo se cosecha inspíranle versos tan armoniosos como el susurro de los arroyos, como el zumbido de las abejas, como el cantar de los ruiseñores, versos á cuyas cadencias el sueño de la servidumbre busca las compensaciones del campo, en que Roma, so las hayas y sobre las hierbas, olvídase por completo de sí misma, cual si, olvidándose, pudiera olvidar tan sólo su antigua y gloriosa libertad. El hijo de Lépido, que intentó una rebelión contra Octavio, en ausencia de éste, vióse vencido y roto, más que por la diligencia de los dos diestros sustitutos del dictador, Agripa y Mecenas, gobernantes á la sazón, por las repulsiones de Roma y sus míseros ciudadanos á todo movimiento incompatible con su inercia servil. Dos años prolongó su ausencia Octavio, á fin de que honores y poderes á su persona reservados por el destino fatal, parecieran, más que conquista de sus ejércitos, concesión de los romanos, pues tanta majestad tenían en su tarde última y en su postrer ocaso la muerta y enterrada república.

Las adulaciones de aquellos voluntarios esclavos

iban á buscarle muy lejos, necesitadísimos de amor. El Senado le permitió llevar á la continua el traje de triunfador, corona de laurel y manto de púrpura, indicativos, no ya del triunfo sobre los extranjeros, del triunfo sobre los romanos. Una fiesta quinquenal, semejante en todo á las fiestas religiosas, fundóse por aquel entonces en honor de su nombre, y hubo reyes, como Herodes, capaces de celebrarla en sitio tan ajeno á toda idolatría, cual Jerusalén y su montaña de Sión. La natividad del dictador se puso al igual de las natividades divinas, celebradas con tantos recocijos en los templos. El día en que llegó á Roma la noticia del triunfo en Accio, quedó en los calendarios romanos como día fausto. Decretóse que, á su vuelta, Senado, pueblo, sacerdocio, vestales, se organizaran en solemne procesión á recibirlo. Su nombre resonó en las preces litúrgicas. Aunque las guerras exteriores de Octavio habíanse reducido á meras correrías militares, declaráronle vencedor de dálmatas y gépidas, de germanos y suevos, del mar Caspio y del monte Cáucaso, del Araxo, indócil, como decía Virgilio en sus adulaciones, á todo puente. No hay para qué añadir las ceremonias con que los romanos solemnizarían su triste servidumbre. Ya que no pudo llevar consigo á Cleopatra en persona, llevó su efigie ó simulacro, é hizo que los magistra-

dos, en confusión ignominiosa con la gente pretoriana, tiraron del carro donde iba representada la muerta reina. Cien templos antiguos se restauraron con esta ocasión y se pusieron bajo las advocaciones de viejas divinidades romanas. En la basílica de Julio César tronó la estatua que representaba por antonomasia su victoria. En el sitio donde los funerales del jefe de su familia fueron, le alzó un santuario, y en este santuario suspendió los despojos del Egipto. Una compañía de actores niños representó la toma de Troya. Un viejo senador, Vintelio, peleó en la ferviente arena con los envilecidos gladiadores. A los muchos animales exóticos llevados por César del Oriente á Roma Octavio unió el hipopótamo y el rinoceronte. Suevos y dacios, desconocidos hasta entonces, se mataron unos á otros en el circo para divertimento de aquellos envilecidos esclavos. El ejército recibió mercedes á manos llenas. Agripa, vencedor en Accio, pudo llevar ante sí una bandera de color azul claro, como las ondas en que había vencido. Las larguezas y locuras de Cleopatra dejaron al dictador en Alejandría tales barras de plata y oro, que pudo enriquecer á la milicia y á la plebe. Cada veterano recibió mil sestercios, y se contaban cerca de ciento veinte mil, según atestigua Dión Casio. Cada ciudadano de Roma tuvo cuatrocientos, y no fueron

excluidos ni los muchachos. El saco de Alejandría dió para todo. Sus templos, en realidad bancos y depósitos, proveyeron al dictador de tal copia en verdadero numerario, que bajó el precio de la moneda y subió el precio de todas las cosas. Pero nada enloquece tanto los ánimos y deslumbra tanto los ojos como un manantial aurífero llevado á cualquier pueblo por los descubrimientos ó por las conquistas. La crédula multitud imaginó á Octavio sumando con los bienes de la paz universal otros bienes tan difíciles como los de la universal riqueza. Así los nacidos vieron sin horror que se trocaba el mísero mortal, á tantas debilidades y á tantas miserias sujeto, en verdadero Dios.

Tras tales ofrendas y holocaustos no le faltaba más que la divinización á Octavio. Algunos ánimos de superior temple, como Dión Casio, se corren al contemplar tamaño envilecimiento, y lo imputan sólo á pueblos orientales, ya del Asia Grande ya del Asia Menor. Dión Casio nos engaña y engañase á sí mismo torpemente. La tristeza, engendrada por los espectáculos tristísimos que da con sus excesos al mundo la tiranía, se aumenta pensando cómo los ánimos de primer orden y los genios cuasi divinos de la historia concluyen por contagiarse del general envilecimiento y ponen su gloria como el mísero indio su vil cerviz bajo las rue-